

necesitaría una labor de conjunto que reúna todas las investigaciones realizadas en un estudio de análisis y de síntesis, que permita conocer en profundidad el asociacionismo católico en España.

Andrés Martínez Esteban  
Universidad Eclesiástica “San Dámaso”. Madrid

Escrivá De Balaguer, Josemaría: *Santo Rosario*. Edición crítico-histórica preparada por Pedro Rodríguez, Constantino Anchel y Javier Sesé, Madrid, Rialp, 2010, 424 pp. ISBN: 978-84-321-3818-8.

El teólogo Pedro Rodríguez publicó hace una década una monumental edición crítica de libro *Camino*, de Josemaría Escrivá de Balaguer. Ahora acaba de editar, junto con los profesores Anchel y Sesé, de la Universidad de Navarra, otra obra de san Josemaría que está unida cronológicamente a la primera. *Santo Rosario* fue redactado “de un tirón” el 5 de diciembre de 1931, y fue ampliado con nuevos párrafos, fundamentalmente escriturísticos, con motivo de la cuarta edición del libro, en 1945.

Esta edición es, dice Pedro Rodríguez, “crítico-histórica”. No se limita, por tanto, a acompañar el texto de Escrivá con el pertinente aparato crítico, sino que comenta los aspectos más relevantes a la hora de entenderlo. El resultado es un volumen de tamaño medio y buena presentación, quizás con cuerpo de letra un poco reducido, con papel satinado, pues recoge las ilustraciones que han acompañado *Santo Rosario* desde su primera edición con imágenes, en 1945. Las ilustraciones de ese año, y de muchas reediciones posteriores, pertenecen al arquitecto zaragozano Luis Borobio.

Los autores han sido rigurosos a la hora de fijar cuáles han sido los manuscritos, ediciones y capas textuales que conducen hasta el texto definitivo. Incluso han ido más allá, explicando cómo ha afectado a las ediciones del libro el cambio histórico realizado por el Papa Juan Pablo II en 2002 cuando añadió al Rosario los misterios de luz.

La introducción resume el nacimiento y la extensión del Rosario en la Iglesia: origen benedictino, consolidación cartujana, expansión realizada por los dominicos, la asunción papal de esta doctrina –especialmente a partir de León XIII– y su corroboración con las apariciones de la Virgen en Lourdes y, sobre todo, en Fátima.

La lectura de *Santo Rosario* gusta porque se asoma a la experiencia de Dios que tuvo a finales de 1931 un sacerdote joven, que aún no había llegado a los treinta años. Es una experiencia contrasta enormemente con la situación que se vivía en España. Después de haber sido aprobados en el mes de octubre los artículos constitucionales que dejaban a la Iglesia en una posición jurídica incierta, el malestar de muchos católicos españoles con el nuevo régimen aumentó. El 9 de diciembre, cuatro días

más tarde de la redacción de *Santo Rosario*, el Parlamento español aprobó la nueva Constitución. Sus previsibles efectos negativos sobre la Iglesia fueron inmediatos: el 24 de enero se publicó el Decreto que disolvió la Compañía de Jesús y se incautaba de sus bienes. Esta situación social y política está ausente en el libro de Escrivá, a pesar de que siguió los acontecimientos por la prensa. Es algo bastante excepcional entre las publicaciones católicas del momento, volcadas en la defensa de la Iglesia.

Pedro Rodríguez muestra el mundo interior de Josemaría Escrivá a través de sus propios escritos. De octubre de 1931 a enero de 1932, la oración personal, las lecturas y la difusión del mensaje de Escrivá estuvieron relacionadas con la “infancia espiritual”, término relacionado con la doctrina de santa Teresa del Niño Jesús, y con el conocimiento de que un cristiano es un hijo amado de Dios. Escrivá de Balaguer explicó después que nadie en el Opus Dei se debía sentir obligado a vivir la infancia espiritual, pues era una gracia particular, un don que él había recibido de Dios en aquella época. En cambio, como repitió en numerosas veces, la conciencia de la filiación divina era el fundamento del espíritu que transmitió.

Este contexto ayuda a entender por qué san Josemaría redactó *Santo Rosario*: le movía el deseo de que el lector contemplase las escenas del Rosario como él lo hacía, con la sencillez de un niño. De este modo, quien leyese sus páginas las “viviría” como algo propio. Esta propuesta aparece en el prólogo del libro: “*Hazte pequeño*. Ven conmigo y –este es el nervio de mi confianza viviremos la vida de Jesús, María y José”. El autor no duda en llamar al lector “niño amigo”: Escrivá de Balaguer y el lector van a ser dos amigos que son testigos activos de cada una de las escenas o misterios que componen el Rosario.

San Josemaría está inmerso en las escenas, no se limita a narrarlas. Sus palabras tienen la fuerza del testimonio. Y, como fruto espontáneo de esa contemplación, formula frecuentemente propósitos de vida cristiana: “Llegamos. –Es la casa donde va a nacer Juan, el Bautista. –Isabel aclama, agradecida, a la Madre de su Redentor: ¡Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre! –¿De dónde a mí tanto bien, que venga la Madre de mi Señor a visitarme? (Luc., I, 42 y 43). El Bautista no nato se estremece... (Luc., I, 41.) –La humildad de María se vierte en el *Magnificat*... –Y tú y yo, que somos –que éramos– unos soberbios, prometemos que seremos humildes” (“Visitación de Nuestra Señora”, segundo misterio gozoso); “Si alguno quiere venir tras de mí... Niño amigo: estamos tristes, viviendo la Pasión de Nuestro Señor Jesús. –Mira con qué amor se abraza a la Cruz. –Aprende de Él. –Jesús lleva Cruz por ti: tú, llévala por Jesús” (“La Cruz a cuestas”, cuarto misterio doloroso).

*Santo Rosario* no es ni la principal ni la más importante publicación de Josemaría Escrivá de Balaguer. Pero su lectura “crítico-histórica” nos ofrece algunas claves hermenéuticas para conocer e interpretar su vida y su pensamiento.

José Luis González Gullón  
Universidad de Navarra

Hispania Sacra, LXV  
131, enero-junio 2013, 449-479, ISSN: 0018-215-X